

compleja han acabado entregando, sin concesiones, a esas ciencias parciales que ahora tratan de rehacer, por otras vías, el antiguo sueño de la unidad.

Jorge PÉREZ DE TUDELA VELASCO

PUECH, Henri-Charles: *En torno a la Gnosis. I.* Traducción de Francisco Pérez Gutiérrez. Taurus, Madrid, 1982. 355 páginas.

El gnosticismo cristiano, o gnosticismo propiamente dicho, ha padecido sin duda, a lo largo de su historia, un extraño destino. Considerado durante mucho tiempo un movimiento esotérico, marginal frente a lo que representó el gran triunfo de la Iglesia, mal conocido en todo caso, esta «reinterpretación audaz y extremadamente pesimista de algunos mitos, ideas y teologúmenos que circulaban ampliamente» (Eliade) en los primeros siglos de nuestra Era, ha tenido que esperar hasta nuestros días para que justamente una de las corrientes científicas más avanzadas que se conocen haya llegado a aceptar expresamente el apelativo de «gnóstica». Un célebre libro de Raymond Ruyer, *La Gnosis de Princeton*, introdujo, en efecto, este dato entre el público europeo. Inesperadamente rehabilitada así, lo cierto es, sin embargo, que hallazgos capitales para la fijación de la doctrina gnóstica no hicieron su aparición, sino en fechas tan avanzadas como las de 1930 (Fayoum) o 1946 (Nag Hammâdi). El descubrimiento propició a todas luces la renovación de los estudios en torno a la Gnosis, surgiendo así las aportaciones de D. M. Scholer, J.-E. Ménard, J. Doresse, M. Krause, A. Böhlig, M. Tardieu, B. Gartner, R. M. Grant, R. McL. Wilson, W. C. van Unik... A través de los mismos cobró nuevo interés el abordar un campo intermedio entre la filosofía, la mitología y la religión que ya había sido objeto de tratamiento por obras tan clásicas como las de A. Harnack, W. Bousset o H. Jonas. Pero el mero problema de saber si la Gnosis constituye, como pensó Harnack, una simple helenización herética del cristianismo, o si se trata, ya de una herencia irania antigua incrustada en el seno de la Iglesia (como resulta de las interpretaciones de Reitzenstein y Bousset), ya (según Grant) de una secuela del pensamiento judío precristiano, es, entre otros, un enigma radical que —como el coloquio de Mesina sobre los orígenes del gnosticismo se encargaría de poner de manifiesto en los años sesenta— continúa todavía abierto a la curiosidad de los investigadores.

El firmante de los trabajos recopilados en el presente volumen es precisamente uno de los más caracterizados de esos investigadores. Sus contribuciones, efectuadas en forma de artículos en revistas especializadas, conferencias y breves comunicaciones, gozaban desde 1934 del favor de los estudiosos de las filosofías griega y patristica, del maniqueísmo y de la primitiva historia cristiana. Fue, pues, el mérito de aquéllas lo que aconsejó que se reeditaran, con las modificaciones pertinentes de espacio y cantidad, en los dos tomos publicados en 1978 por Gallimard, bajo el título genérico de «En quête de la Gnose». El segundo de ellos se dedicó al «Evangelio según Tomás», uno de los textos claves para la comprensión del esoterismo que nos ocupa, siendo el primero éste cuya traducción comentamos. Todo lo cual justifica adecuadamente, a nuestro entender, la afirmación que mantenemos de que se trata de un libro imprescindible tanto para el lector preocupado por los procesos religiosos en general como para un historiador o erudito.

El rigor crítico, efectivamente, se concilia aquí con un discreto, pero real, vuelo hermenéutico, filosófico que, si no nos equivocamos, alcanza su culminación en los textos titulados «La Gnosis y el tiempo» (págs. 267-325), «Fenomenología de la Gnosis» (págs. 235-267) y «El problema del Gnosticismo» (págs. 191-235). Particularmente interesante es también el breve resumen que encabeza (págs. 14-29) esta selección, en el que «lo esencial» (dando a la palabra su sentido fenomenológico: pág. 14) de la «actitud» gnóstica se nos describe con precisión y vigor; siendo igualmente de destacar las reflexiones acerca de la «Posición espiritual y significación de Plotino» (págs. 93-123) y «Tiempo, Historia y Mito en el Cristianismo de los primeros siglos» (págs. 35-59). Pero en cualquier supuesto, y como insiste el propio doctor Puech (pág. 10), nadie debe creer que estas páginas proporcionan ni un tratado de conocimientos arcanos, ni el tradicional recetario para la perfecta salvación; sino el intento honrado de «preguntar» («En busca de la Gnosis» sería la traducción verdadera del significativo título, y no exactamente la propuesta por el traductor) cuál es el valor de esta manifestación concreta del sentido de lo sagrado. Esperemos tan sólo que la encomiable puesta al alcance de los hispanoparlantes se continúe, tan prontamente como ahora, con la aparición del segundo tomo de la obra; así como que tanto ésa como una posterior edición de este mismo primer tomo eviten las erratas, relativamente numerosas, que acompañan desagradablemente la lectura actual.

J. PÉREZ DE TUDELA VELASCO

SANGUINETI, Juan José: *Lógica*. Ediciones Universidad de Navarra, S. A. Pamplona, 1982.

Esta obra del profesor Sanguineti es un curso de Lógica de clara orientación tomista. Conviene destacar, entre otros rasgos fundamentales de su obra, la noción del objeto de la Lógica que nos introduce en la página 19: «... el objeto de la Lógica son los actos del pensamiento en cuanto éste se ordena a conocer la realidad». Esta noción vincula fuertemente la Lógica a la Psicología, la cual aquélla presupone, según el profesor Sanguineti, tendencia que la Lógica moderna ciertamente no sigue.

La Lógica moderna evita cuidadosamente de hablar para nada de «actos del pensamiento» y se preocupa más que de otra cosa de la construcción de lenguajes formales.

En esta obra se tocan los temas clásicos de Lógica de los conceptos, proposiciones y raciocinio, para pasar en la última parte a debatirse algunas cuestiones acerca de la filosofía de la Ciencia. Y es en esta última parte del libro donde quisiera centrar algunos puntos:

En primer lugar, Sanguineti observa acertadamente que la Ciencia es una noción analógica. El término «Ciencia» no puede reducirse sin más a lo físico-matemático, de ahí lo inadecuado de imponer a otras Ciencias el método propio de aquéllas.

Respecto de la relación entre la filosofía y las Ciencias particulares, Sanguineti establece aspectos diferenciados y puntos de encuentro. Lo propio de la filosofía sería la búsqueda de «las esencias» y de los fundamentos de los principios en los que se apoyan las Ciencias particulares; mientras que éstas se preocupan más de cómo se producen e interrelacionan los fenómenos, aunque no